

EL TIEMPO DE RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

CARMEN M. PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

Ricardo Menéndez Salmón (1971) ha vuelto, si es que en algún momento de los últimos quince años ha dejado de estar ahí, en la primera línea de la literatura española. Para continuar con esa velocidad de crucero a la que ya viene *malacostumbrando* (por ejemplo, *La ofensa*, *Derrumbe* y *El corrector* son de 2007, 2008 y 2009 respectivamente), el escritor de aquella «trilogía del mal» regresa con una novela del amor y de la infancia: en los primeros días de 2014 publica *Niños en el tiempo* (Barcelona, Seix Barral, Biblioteca Breve), novela que en dos meses ya alcanza la cuarta edición. Podría decirse, pues, que ha satisfecho a muchos más lectores, incluido ése al que quizá le cuesta ser aséptico cuando se dispone a hablar/escribir de ese libro recién salido del horno, y más aún sin que parezca que su recomendación disimula una invitación impuesta. Pero «escribir la lectura» nadie dijo que fuera fácil ni inocente, sobre todo a la hora de evitar la sombra medio consciente de uno mismo en ese *texto-lectura* destinado a convertirse en otra lectura.

«¿Nunca os ha sucedido, leyendo un libro, que os habéis ido parando continuamente a lo largo de la lectura, y no por desinterés, sino al contrario, a causa de una gran afluencia de ideas, de excitaciones, de asociaciones? En una palabra, ¿no os ha pasado nunca eso de *leer levantado la cabeza?*»: muchos podrían responder afirmativamente tras leer *Niños en el tiempo*, libro que, sea o no la debilidad de entre todos los de Ricardo Menéndez Salmón, no deja de cumplir esa cualidad que su autor tiene el vicio de imprimir en lo que escribe, la de hacer levantar la cabeza casi a cada frase, a cada capítulo. Ésa misma es la pregunta que lanzaba Barthes cuando escribía sobre una de sus lecturas de «El inagotable» Balzac en el ensayo de 1970 titulado «Escribir la lectura», que podemos leer junto a otros dentro de *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Por definición, tampoco éste es el lugar de un análisis o una crítica –ni telescópica ni microscópica, como la clasifica en el citado ensayo el gran teórico-lector que es Barthes–, pero sí tal vez el de aquello que denomina una filmación a cámara lenta de la lectura que, no obstante, nunca deberá desvelar el secreto del texto (y el último del también inagotable Menéndez Salmón tendría muchos de esos secretos): por consejo de Roland Barthes, le cedemos el protagonismo al lector, a su escritura interior mientras lee, a la libertad de interpretación

y de verdad estrictamente lúdica y perfectamente compatible con la *proporción* que es la disposición textual, la de sus signos y lenguajes. Porque, tal y como nos viene a recordar, ésta es la lógica milenaria y simbólica de toda narración y es el lector quien da vida eterna al texto.

Sin renunciar a su huella más propia, Menéndez Salmón logra renovar su siempre renovada literatura y lo hace asumiendo ciertos riesgos como, por ejemplo, los de la estructura novelesca. *Niños en el tiempo* se presenta a modo de tríptico con tres grandes capítulos: primero se produce «La herida», a la que le sigue feliz y necesariamente «La cicatriz» y al final «La piel». Con esta arquitectura hace honor a un tríptico propio del mundo del arte, pictórico o libresco, que es tan del gusto de este autor, como si las dos hojas o partes de los flancos, sin dejar de estar unidas o ensambladas, se vuelven o doblan sobre lo que se sitúa en el centro. A su vez, cada parte es casi perfectamente simétrica: la primera, de algo más de sesenta páginas, se estructura internamente en muy breves capítulos que llegan a veinte, organizados con números romanos (la brevedad se le da bien al escritor... de ahí que nos permitamos reclamarle de paso más relato corto); la segunda, encabezada por la dedicatoria «Para Elena» que viene seguida de una cita intertextual de *Vida de Galileo* de B. Brecht («Ningún mortal es tan grande que no pueda ser incluido en una plegaria»), se halla dispuesta siguiendo las veintidós letras del alfabeto hebreo, que dan título a cada una de las partes que resultan igual de breves y, aun así, subdivididas a su vez en pos de un estilo más fragmentado; y la tercera, retomando la primera parte del tríptico, como si la segunda hubiera servido de puntos suspensivos o de bisagra, se dispone numerada del capítulo XXI al XXX, llegando a unas cincuenta páginas.

Siguiendo el libro con esa original disposición, se puede ser testigo de cómo en ocasiones el escritor parece acercarse al abismo del riesgo literario, con ciertos temas, con ciertos tratamientos, con la arquitectura misma del texto; pero, tras la tensión ante la posible caída y hasta la inminente decepción, el lector levanta la cabeza, suspira y se remueve gracias a una nueva subida de adrenalina, recordándose que eso no tiene cabida en un escritor como éste. Algo así se puede sentir cuando se confirma que es el niño Jesús el protagonista de la segunda parte (o del segundo libro, o del libro dentro del libro). Ya el génesis de la novela, que de hecho comienza como lo hacen tantos versículos de la Biblia, alude al génesis de una vida, ese instante inapreciable en el que la felicidad y el milagro entre dos seres o principios se alían, ese pequeño *big bang*; pero ese feliz instante vital-novelesco se une sin anestesia y sin tregua para la asimilación y el degusto con el instante más horrible y apocalíptico para el ser humano: «Y así como el instante de la concepción, ese misterioso empuje en el que dos principios colisionan para cambiar el curso del mundo, resultó inaudible, con ambos actores ajenos a lo que nacía dentro de los cuerpos, así

el instante de la desgracia fue también silencioso (...). De modo que, piernas arriba, con menos temor que asombro, siguieron el dibujo de la mácula, aquel flujo que no era rojo, como quiere el lugar común, sino negro y espeso, como cantó el primer poeta, hasta llegar al pequeño y tierno agujero por donde el hijo amado se vaciaba igual que una taza rota». Y, del inicio del mundo y de la vida y de la Biblia, se pasa al inicio de la historia de la literatura: así, sin transiciones, sin respiros, se desparrama una intertextualidad o velada o exuberante, una adoración consciente de la literatura clásica, unos símiles inesperados, la metáfora universal, lo más terrenal con lo más sagrado y amado.

El primero en hacer acto de presencia ahí será ese gran ausente de la novela. Sólo después, en el segundo capítulo, conoceremos al protagonista masculino, al padre, Antares, y sólo capítulos después, a la madre, a la mujer, Elena. Los niños y el tiempo han estado presentes en otros libros de Menéndez Salmón, como lo han estado la filosofía (la que le brindaría su *primera* profesión a nuestro escritor), la metaliteratura o incluso la poética del objeto, que desde la crítica literaria se ha visto en algún cineasta y poeta situado *más allá de* la modernidad. Esa «poética del objeto» que Menéndez Salmón hace suya a lo largo de sus novelas también llega pronto en ésta, en concreto en el tercer capítulo: «Las cosas que los muertos dejan tras ellos. Esa vida privada, inmune a la fatalidad, de los objetos, las reliquias, las posesiones. La estúpida permanencia de una cuna, un peluche, un sonajero. La inerte materia de la que están hechos». Pero en ese mismo capítulo, acto seguido y en relación con esa misma poética en torno al objeto, llega otro gran tema del autor, un tema siempre paradójico cuando en una gran novela se lee, el de la inefabilidad del lenguaje, el de la imposible comunicación plena. Aquí lo siente ese protagonista masculino (que podría tener algo de trasunto del escritor si se piensa en un autor implícito, como a través de otros personajes dispersos que reconstruirían rincones de Menéndez Salmón) cuando regresa a su hogar, momento en el que «se deslizó un idioma desconocido en el léxico familiar. Cómo seguir llamando habitación del niño a aquel cenotafio inmundo (...)». Y también acto seguido, unido al poder de los objetos y a la dificultad de su presencia y de nombrarlos (ya se sabe que en el principio era el verbo), llega la reflexión humana, aquí, la del hombre-ya-no-padre que utiliza cosas-palabras: «La paternidad es una provincia pedagógica; la orfandad es una escuela desolada. El discípulo, aquel que ha aprendido por necesidad y por sentido del deber las obligaciones de ser padre, se convierte en un salvaje a quien los pronombres fallan, los sustantivos hieren, los verbos esquivan. La casa, la ficción de un hogar estable». Porque, cuando el lenguaje se frustra, buena es la literatura para hablar del lenguaje mismo y de la vida.

Pasando por las consecuencias de lo sucedido sobre otro tipo de relación como es la de marido-esposa (con esa mujer-ya-no-madre), llega la segunda gran parte de la novela y –como suele pasar aunque no nos terminemos de acostumbrar– lo hace de improviso, pues nos vemos sumergidos en ella de repente, sin saber bien de qué se trata. De manera casi paralela al inicio, comienza con un nacimiento, el de otro niño, llamado Jesús, y con una muerte, pues no sobrevive su gemelo, David, ambos hijos de un carpintero y de una joven llamada María que viven en Belén. Así arranca la segunda parte, el segundo libro, con el capítulo titulado «Alef», la primera letra del alfabeto. Si no se nombra o escribe, no existe, y por ello Menéndez Salmón se arroga el derecho de darle vida y forma a la infancia de un personaje que también fue niño: «Hay que hacerlo. Tenemos que regalarle una infancia a este niño. Cómo, si no, alguien podrá un día creer en él. De qué hablan esos amanuenses, qué palabras vacían pronuncian, si ninguno mencionó jamás cómo le dolían los dientes, de qué dolor eran sus deposiciones, quién le hizo su primer rasguño. Infancia y vida oculta. ¿Por qué, embaucadores?».

Se le devuelve a este niño, tan bíblico como literario, una infancia feliz, y de repente, nos topamos con la tercera y última parte, la que se retoma desde el capítulo dejado en la primera parte del tríptico. Pero se nos ha trasladado en el tiempo y en el espacio, que ahora son una proyección futura y la mítica Creta, donde encontramos a *otra* mujer, Helena. De nuevo, se asiste a un principio de los principios, pero se inicia esta parte con ese personaje femenino, pues sólo más adelante llegará el masculino, Antonio (nótese la pequeña variación entre los nombres de la primera parte y, claro, en la perfección del tríptico). Y también aquí hay otras recurrencias, como la del «otro», que podría rememorar *Los caballos azules*, ese pequeño gran relato de Menéndez Salmón; y hay mito, como en *Medusa*, esa novela del «fotógrafo no fotografiado»... Todas se comunican en el laberinto original de su obra.

Si inauguraba *Niños en el tiempo* con la dedicatoria a su hijo Valerio, cierra el libro con los agradecimientos a quienes lo ayudaron en la estancia realizada en Italia durante la cual redactó parte de la novela el año antes de darla a la imprenta: los viajes inspiran –Menéndez Salmón ya se dio al libro de viaje con *Asturias para Vera* en 2010– y el mecenazgo –o como quiera llamarse– hoy en día se agradece cuando se desea vivir «de esto» que es la literatura y dedicarse a ella por entero (esta novela aparece firmada de enero de 2011 a mayo de 2013, en Gijón, tierra natal del autor). Se agradece la condensación generalizada de las obras de Menéndez Salmón, el apretamiento en no muchas páginas de historias inmensas y profundas (del que sabe sacar partido su editorial de cabecera, también con portadas excepcionales). Se agradece igualmente que siga presente cumpliendo con su editorial, como presente ha estado en prensa y revistas españolas, con diversos premios y traducciones

a diferentes literaturas extranjeras (y los que le quedan), con relatos extensos pero también con relatos cortos (los que, seguro, los amantes del género narrativo breve insisten en reclamar). Se puede añadir que la totalidad de las críticas ofrecidas en torno a Menéndez Salmón (como las que su editorial recoge en una de las solapas de la presente edición) lo celebra como uno de los mejores exponentes (si no el mejor) del panorama literario español de hoy.

Pero tal vez debemos empezar a celebrarlo como uno de los escritores que perdurarán, y los lectores seguirán repitiendo en el tiempo: Menéndez Salmón ha vuelto para quedarse.